

CONOCIMIENTO Y GÉNERO

Reportaje a Diana Maffía

La construcción de la ignorancia

por Cecilia Fourés, Ana Ladio y Mónica de Torres Curth

Diana Maffía dirigió, junto con la Dra. Dora Barrancos, un programa sobre «Construcción de ciudadanía de las mujeres y otros grupos subalternos». Es también directora del Observatorio de Género en la Justicia del Consejo de la Magistratura de la Ciudad de Buenos Aires. Aprovechando las ventajas de la virtualidad, Desde la Patagonia conversó con ella.

Desde la Patagonia (DLP): Queremos agradecerle tu tiempo y tu disposición para conversar con nosotras. En esta oportunidad nos gustaría poner el foco en la problemática de las mujeres en el sistema científico del presente y en el pasado. ¿Qué lugar ocupan las mujeres hoy en las ciencias?

Diana Maffía (DM): En la actualidad asistimos a una evolución muy grande que tiene que ver con el movimiento político del feminismo y con el activismo del movimiento de mujeres. Tomemos el caso del ingreso a las universidades. La primera universidad se creó en el siglo XV en Europa, pero hasta los primeros años del siglo XX las mujeres no ingresaban a la universidad, y recién a mediados del siglo XX se las admitió en los programas de doctorado. A las primeras mujeres que se recibían, incluso en Europa, no se les daba título con el argumento de "si les damos el título van a querer trabajar". Es decir, lo primero fue ingresar a la universidad en espacios muchas veces separados de los varones, pero sin un título habilitante. En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, las mujeres tuvieron que asumir roles atípicos dentro de la sociedad porque los varones estaban en el frente de guerra. Probamos entonces que éramos capaces. Pero, además, pudimos salir de lo privado a lo público y generar allí un lugar para compartir experiencias; que no era el lugar de estar separadas, cada una en su casa haciendo tareas de cuidado. Logramos ingresar a "espacios de conocimiento", me refiero a conocimientos ya legitimados por la sociedad. Porque las mujeres tenemos conocimientos y los hemos tenido históricamente y los hemos transmitido, pero no en



Imagen: Gentileza D. Maffía.

Diana Maffía es Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, docente de grado y posgrado en universidades nacionales e internacionales. Investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (UBA).

la academia, debido a que no eran aceptados como conocimientos académicos. Todavía hoy tenemos muchos rangos de saberes que no están legitimados por la academia. Desde la década del 60 comenzaron a ingresar masas críticas de mujeres en las universidades, a hacerse equivalente la cantidad de varones y de mujeres, sobre todo en carreras de ciencias. Aunque todavía hoy se reconoce un déficit en las ingenierías,

matemáticas, y ciencias, en estas carreras que son consideradas como las más orientadas para el pensamiento abstracto. Desde una mirada estereotipada se nos concibe a las mujeres como poseedoras de saberes que nos conectan a lo inmediato, al cuidado, a lo concreto, a lo emocional. Esto hace que la elección de carrera se vea también afectada por ese estereotipo. Entonces encontramos carreras que todavía no están feminizadas. Pero hagamos algunas advertencias. Hay carreras ya muy feminizadas. Por ejemplo, en biología más del 60% son mujeres. Las investigadoras del CONICET en esta disciplina mayormente son mujeres. Pero esto cambia cuando vamos a los espacios de dirección, de poder. En los decanatos, los rectorados, los niveles superiores de investigación en el CONICET, la relación se invierte. En CONICET, desde la época en que estaba Dora Barrancos en el directorio, se generó una norma por la cual, si se financian reuniones académicas, tienen que ser equitativas en relación al género, no podía ser monolíticamente todas mujeres o todos varones. Hace unos años en biología se presentó una solicitud de financiación de un congreso donde eran solo varones -y eso habiendo un 60% de investigadoras y un 60% o más de estudiantes mujeres de biología-. Quiere decir que todavía, a pesar de nuestra enorme participación, cuando llega el momento de representar la disciplina -o el partido o el sindicato-, esos lugares de representación están capturados por los varones, por una cuestión de privilegio de género. Porque siempre ha sido así, porque es el modo en que se transmite la antorcha sagrada de uno a otro.

DLP: Justamente días atrás veíamos una foto de los integrantes del Consejo Interuniversitario Nacional y son casi todos hombres, sólo un par de mujeres.

DM: ¡Exactamente! En 1994 comenzamos a armar la Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología. Su presidenta, Ana Franchi, hoy es presidenta del CONICET. Es la segunda vez que hay una mujer presidiendo el CONICET. Quiero decir, hay una evolución muy importante en los últimos años y se la debemos al movimiento de mujeres, a nuestra mayor visibilidad

política, a nuestra mayor movilización y a nuestra mayor conciencia acerca de que hay que estar en todas partes. No es que el espacio de los feminismos sea, por ejemplo, en un Ministerio de Mujeres, Géneros y Diversidades. Está muy bien haber alcanzado un estatuto político de paridad con otras preocupaciones políticas, pero nuestro lugar es en todas partes.

DLP: Estamos hablando de los orígenes con respecto a la universidad, pero el lugar que se le da a la mujer en la construcción del conocimiento científico se remonta a muchos años atrás.

DM: Nos podemos remontar 2.500 años atrás y aún hay muchas cosas que se siguen sosteniendo. Eso es lo más dramático del patriarcado, que en cuanto raspás un poquito sale de nuevo todo el estereotipo. Pero es importante saber que son estereotipos y están basados en una autoridad epistémica. Aristóteles era filósofo y además científico. Creía que el alma humana era un compuesto de razón y emoción, que los varones tenían racionalidad y las mujeres emocionalidad como factor preponderante. Y para él la emocionalidad era un obstáculo para la razón. Decía: “el varón es superior a la mujer” y lo decía basado, entre otras cosas, en la capacidad de razón del varón, capacidad de la que supuestamente carecemos las mujeres por nuestra condición de emocionalidad. Pero también muchos otros sujetos quedaban fuera de esa condición epistémica privilegiada, por razones de etnia y de clase. Para Aristóteles, el amo era superior al esclavo, el adulto también era superior al niño, porque el esclavo y el niño carecían de racionalidad. Ese sujeto que era un amo, era varón y además era adulto. Entonces la racionalidad es el punto definitorio de lo “humano universal”. Pero así, una enorme cantidad de seres humanos no entrábamos en esa categoría de racionalidad y por ello teníamos que estar subordinados a ese ser que era racional. Esta idea produce un pequeño grupo de sujetos que son varones, blancos, adultos, propietarios, capaces, y tienen todos los privilegios de estas relaciones de superior-inferior. Aquellos en quienes coinciden todas esas superioridades eran los úni-

cos sujetos capaces de ciudadanía en Grecia. A ese sujeto se le llamaba andros y de ahí viene la palabra androcentrismo. El androcentrismo es el punto de vista privilegiado, los intereses del sujeto privilegiado. Y parte del problema es que las instituciones están construidas por esos sujetos y responden al punto de vista y los intereses de esos sujetos. Entonces podemos pensar en relaciones de poder como la relación política o económica desde un pequeño conjunto de sujetos privilegiados. Y si vemos una foto de gobernantes o una foto de empresarios, vemos que comparten estas condiciones de privilegio. O sea, todo ese aspecto del andros está privilegiado en las relaciones de poder, pero también está privilegiado en relaciones que se supone que son universales y no están atravesadas por el poder, como por ejemplo el conocimiento científico. Entonces ¿cómo se explica que los rectores o los decanos o en los directorios del CONICET también sean los mismos sujetos androcéntricos, siendo que supuestamente los criterios no son de poder, sino que son meritocráticos?

DLP: Claro, hay que discutir este concepto de meritocracia.

DM: Exacto. Tenemos que criticar ese concepto presuntamente abstracto, universal y neutral de la meritocracia. Porque la meritocracia en ciencia se mide desde ciertos parámetros, como las publicaciones.

¿Quién publica y dónde publica y en qué lengua publica? Si publicás en inglés, tenés más puntaje que si publicás en español, porque el inglés es la lengua de los sujetos privilegiados que han construido este universo con mucho dinero -porque poder, dinero y lengua inglesa están en un combo de la meritocracia-. Quienes dirigen esas revistas -que son androcéntricas- determinan quién publica y quién no publica, deciden si un artículo es admisible o no lo es. Y lo que va a resultar admisible es lo que sigue empoderando ese pequeño conjunto privilegiado de sujetos. Entonces, si naciste mujer, naciste en Argentina, hablás español y vivís en la Patagonia, tus oportunidades no son iguales. Aun cuando aprendas una disciplina, y aprendas una lengua hegemónica. Aun cuando asistas a los centros hegemónicos, tus condiciones iniciales te ponen como en un doble código. Tu lengua materna, tu lengua de comunicación, tu lengua de contacto, es la lengua con la cual hablas en tu comunidad. Al lenguaje de la ciencia lo tuviste que aprender, mientras que, para los sujetos anglosajones, su lenguaje de comunicación y el lenguaje de la ciencia son lo mismo. Eso da una sensación de ser sujeto central y de poder que no tenemos quienes accedemos al lenguaje de la ciencia como segunda lengua. Entonces, también la meritocracia tiene que ser evaluada, ¿no? Así que creo que, aun cuando tenemos realmente un crecimiento muy importante en la cantidad de muje-



Imagen: Prensa Instituto Balseiro.

res en ciencia, todavía los aspectos androcéntricos de la ciencia siguen existiendo. Los sujetos privilegiados legitiman su preservación porque esas reglas están hechas para la autopreservación del poder. Eso ahora lo vemos con una mirada crítica, ya no normalizándolo.

DLP: Esto nos lleva a otra cosa que queríamos conversar: las metáforas que se han usado para legitimar esta idea de superioridad masculina. ¿Cómo se hace para desarticular esas metáforas que se utilizan en torno al poder androcéntrico?

DM: Recuerdo que Dora Barrancos, que viene de las Ciencias Sociales como historiadora y socióloga, decía "hay ciencias duras, ciencias blandas y ciencias al dente". Es decir, que esta idea de lo duro-masculino, lo blando-femenino, lo duro es la ciencia exacta y natural y lo blando es la ciencia social, genera un binarismo que tiene que ver con el modo en que la mayoría de los binarismos representan una sexualización. Lo público representa lo masculino, lo privado, lo femenino. Lo racional y lo objetivo representan lo masculino, lo emocional y lo subjetivo, lo femenino. Y aquí hay un doble problema. Parece que la emocionalidad feminiza al varón -si es muy emocional y muy expresivo-, y la racionalidad masculiniza a la mujer, porque "piensa como un varón". Entonces, no se trata de describir cómo somos varones y mujeres, sino de prescribir cómo "debemos" ser varones y mujeres, de tal manera que no se diga: "Ah, no, mirá. Es erróneo que todos los varones son racionales y las mujeres emocionales, porque fíjate estos varones qué emocionales y estas mujeres qué racionales" No. Lo que se hace es sacar a la persona de su condición para que el estereotipo siga vigente. El binarismo no explica la complejidad de lo humano. Los seres humanos tenemos cualidades racionales y emocionales. Tenemos capacidades objetivas y subjetivas para revisar nuestros propios contenidos de conciencia y nuestra propia emocionalidad. Entonces, pensar que un ser humano se va a restringir solamente a una de las condiciones implica la expulsión de la otra. Este es el binarismo. Si soy racional, expulso lo emocional. Si soy emocional expulso lo racional. El propio binarismo es un problema. Luego está el problema de la sexualización y la jerarquización de estas condiciones: "lo masculino es mejor que lo femenino". Tenemos la necesidad de salir de esa trampa binaria para ver a los seres humanos -pero sobre todo los productos humanos- en su complejidad. Parte del trabajo sobre las metáforas tiene que ver con la presencia de uno de los binarismos: la literalidad para la ciencia como opuesta a las metáforas para la vida cotidiana, la literatura y la narrativa. La ciencia tiene que ser literal y abstracta, mediante conceptos universales y leyes generales. La idea es que la ciencia tiene que tener una gran precisión en su referencia. Cuando nombrás algo, se tiene que saber a qué te referís. No

decís "una sustancia espesa". Mencionás la composición química de lo que tenés en el tubo de ensayo porque tenés que tener una gran precisión en esa referencia para poder después marcar leyes. En cambio, se admite que el lenguaje común sea más subjetivo, que arrastre ciertos sentidos que vienen de otros usos del lenguaje, y eso es parte de la riqueza de la comunicación. En la ciencia hay ciertos conceptos que aparecen como literales, como rótulos, por ejemplo, el de célula el cual es un constructo de la biología que nadie discutiría. Un concepto técnico con una referencia precisa. Pero "célula" era una metáfora, quería decir "celda". Eso es porque, cuando comenzaron a utilizar microscopios en 1700 en los Países Bajos, los primeros microscopistas eran sacerdotes, el conocimiento se producía en los conventos. Uno de los sacerdotes vio que el tejido estaba formado por pequeñas celdas como las del convento. Lo más parecido al tejido que encontró fue la celda del monasterio y le puso "célula". Ahora cuando uno utiliza un concepto se cuelean otras cosas. Son lo que llamamos "polizones ideológicos" "Celda" representa algo cerrado. Entonces, ¿de qué manera se comunica una célula con otra? Pasa a ser un problema porque las celdas tienen sus paredes y cada una está cerrada con respecto a la otra.

DLP: Claro, se naturaliza el uso de la metáfora y se convierte en un "patrimonio" de la ciencia, perdiendo el significado original y los otros sentidos que estaban vinculados con el término en su uso coloquial.

DM: Exactamente. Luego también están las metáforas como una forma de resistencia, que usamos para describir experiencias que todavía no tienen nombre propio, pero que a través de esas metáforas podemos intuir y podemos comunicarlas. Algo que también es del último tercio del siglo XX y que ha sido muy importante para generar en las mujeres la experiencia de que determinadas cosas no nos pasan individualmente -por errores nuestros o por experiencias que nos han tocado en la vida- sino que nos pasan a todas, hace que la causa no esté ya en algo individual y arbitrario, sino en algo regular, sistemático, estructural. Y pasamos a luchar con otras herramientas políticas contra esos sistemas de opresión colectiva. Ahí tenemos metáforas como la idea del "techo de cristal", es eso que nos pone un límite sin que podamos verlo -pero vemos que solo ascienden varones-, o el "piso pegajoso", que es lo que nos retiene en una categoría de nuestro estatuto laboral. No es que no queramos progresar, pero sabemos que cada escalón de progreso implica renegociar absolutamente todas las condiciones del equilibrio tan difícil que hacemos entre nuestra vida de pareja, nuestra vida laboral, nuestra vida profesional, nuestra vocación política, nuestra crianza de hijos, las tareas domésticas, las cuestiones de cuidado, las cuestiones de

nuestra vida personal, todo eso está siempre en un equilibrio muy precario, muy negociado y muy difícil de negociar. Algunas fracasamos en esa negociación y, o nos quedamos sin pareja o nos quedamos sin trabajo, porque lo privado y lo público no están tan divididos. Por cuestiones de publicidad, es usual mostrar a las mujeres en lugares destacados igual que los varones. Ponés una mujer científica y un varón científico, los dos con guardapolvo blanco, los dos con su tubito de ensayo. Pero no decís que esa mujer científica se despertó dos horas antes, preparó las mochilas y el desayuno de sus hijos, que cuando vuelva a su casa va haciendo un recorrido en zigzag, pasando por un montón de lugares: haciendo compras, retirando la ropa de la tintorería, los chicos de la escuelita de fútbol, y que cuando llegue a su casa le toca todo el trabajo doméstico, esa parte no se ve. Entonces, mostrar mujeres y varones con el guardapolvo blanco y el tubo de ensayo es una falsa imagen de igualdad, porque nos tratan como varones. La igualdad -en ese sentido- consiste en ignorar que hacemos tareas de cuidado y que ellos no las hacen. El piso pegajoso implica que cuando nos ofrecen algo de mayor responsabilidad, como por ejemplo, disponer de más horarios o tener que viajar, decimos “no, mejor no, prefiero que no, por ahora, cuando los chicos sean más grandes”, o “este no es mi momento”, postergando la construcción de nuestra carrera. La metáfora del piso pegajoso nos da la imagen de algo que nos retiene, pero no es algo que hemos construido nosotros. Nos retiene porque tenemos que volver a negociar todo, y es de una conflictividad enorme. También hay “paredes de cristal”, cuando vemos la segregación horizontal, el hecho de que los varones están en tareas muy protagónicas y centrales y las mujeres en tareas más marginales: haciendo mediciones, haciendo registros, cosas que son monótonas, muchas veces con el argumento de que somos muy prolijas. Por ejemplo, en el siglo XVIII y en el XIX había muchas astrónomas. A mí me llamó la atención. Había un observatorio con 200 mujeres astrónomas, mujeres que hacían mapas estelares. O sea, tenían que dibujar a mano -porque no había en ese momento ni computadoras, ni fotocopadoras, ni nada por el estilo- dónde estaban las estrellas en ese momento y a esa hora del día. Y estaban ahí, cada una en su escritorio, haciendo los dibujitos que después iban a comparar para trazar las trayectorias. Ellas estaban ahí porque eran prolijas y confiables. Este es un entrenamiento que tenemos en la obediencia y en la prolijidad lo que, por otro lado, nos margina. Vemos dónde está el protagonismo, pero estamos marginadas a tareas más secundarias. La idea de las “fronteras de cristal” tiene que ver con que también viajar se torna para nosotras un trabajo enorme de organización. A un varón le dicen “tenés que

viajar a la tarde” y su problema es hacer la valija. A nosotras nos dicen “tenés que irte hoy a la tarde” y tenemos que buscar cinco sustitutas para todas las cosas que hacemos durante esa semana en la que no vamos a estar. Y a esto tenemos que hacerlo en un tiempo récord, con confiabilidad, sabiendo que nos vamos con un nudo acá porque vamos a estar usando el WhatsApp y el teléfono para ver si fueron a buscar a los chicos, si se acordaron que tenía música, que tenía un cumpleaños... Todo eso está en la matrix de nuestra cabeza, usando un espacio y una energía que no usan las personas que no se ocupan de eso. Y esto está, en general, dividido por sexo. Otra metáfora es las de “las cañerías que gotean”, “el efecto pipeta”. La cañería se refiere a que entramos un montón de mujeres en una disciplina, pero en el camino se van quedando. Recuerdo que entrevisté a Ema Pérez Ferreira, que fue presidenta de la CNEA, una mujer extraordinaria, y me dijo “No, no hay discriminación en la CNEA, cuando yo entré, mi condición de mujer no implicó ningún problema”. Le pregunté cómo era la vida en la CNEA y me dijo que ella tenía una responsabilidad muy grande, que era mantener frío el reactor nuclear. En ese momento, fines de los 40, habían venido muchos científicos alemanes y habían conformado la Comisión de Energía Atómica. Y el reactor nuclear, si se calentaba, explotaba. Había que mantener frío el reactor. ¿Cómo se mantenía frío? Con hielo seco. El hielo seco había que cambiarlo cada seis horas. Entonces, Ema Pérez Ferreira se quedaba a la noche para cambiar el hielo del reactor nuclear. Le dije ¿Por qué no distribuían esa tarea que no tiene nada que ver con la ciencia? Entonces me contestó “no, porque mis compañeros tenían familia”. Le pregunté: “y usted, Emma, se casó?”, a lo que respondió “No, no, yo no tengo muchos amigos”. Quedó sola, quedó soltera. Emma corrió con un cargo porque los otros tenían familia, lo que implicó para ella no conformar una familia, porque para una mujer conformar una familia es no estar disponible para ese tipo de tareas. Y le pregunté ¿había otras mujeres en la CNEA? Me dijo que sí, “había dos físicas más, físicas nucleares”. Estamos hablando de una altísima especialidad. Y ¿qué fue de ellas?, le pregunté. “Bueno, una se casó con un alemán y después él volvió a Alemania en la década del 60. Se fue allá con él y ya no se dedicó más a la ciencia”. Porque la mujer sigue al marido donde quiera que él fija su residencia. ¿Y la otra? “Bueno, tuvo un primer hijo, más o menos la piloteó, pero ya cuando tuvo el segundo decidió dejar para dedicarse a la crianza de los hijos”, me dijo. Trabajaban ella y el marido, pero la que se fue, fue ella. Esto pasa todo el tiempo. Todavía ahora. Emma Pérez Ferreira no veía en esto un factor de discriminación. Recuerdo una pareja, un biólogo y una bióloga, que



Imagen: www.perfil.com/noticias/educacion/

85° Plenario de rectoras y rectores en el que el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) definió sus autoridades para el periodo 2021-2022.

habían hecho la carrera juntos. Es habitual que en el *cursus honorum* de la carrera científica pidas beca externa postdoctoral. Estudiaron juntos, entraron con beca en el CONICET, se doctoraron juntos, mismo currículum, piden beca externa. ¿Qué hace el CONICET? Le da una beca al varón y a la mujer que tenía los mismos antecedentes, media beca. ¿Por qué? ¿Porque va con su marido? El CONICET se hacía cargo del rol de varón proveedor. No le daban dos tercios de beca a cada uno. ¿Se entiende la arbitrariedad? Quiere decir que si se divorciaban él tendría una existencia perfectamente sostenible y ella no. Además, viajaron con un bebé. Ella, la bióloga, estaba muy agradecida porque el director del laboratorio la dejaba ir con la canastita del bebé para amamantarlo. Ella iba con la canastita, no el marido, que también era biólogo. Y el director era un héroe, un varón deconstruido por permitirle a una becaria externa venirse con un moisés con un bebé. Así que creo que las innovaciones en relación con los roles es algo sobre lo que hay que seguir trabajando.

DLP: Queríamos preguntarte en base a todo lo que estás desarrollando, ¿de qué se ha perdido la ciencia y conocimiento científico con este lugar subordinado de las mujeres al interior del sistema científico?

DM: Bueno, está esta cuestión del sexismo que hemos discutido, pero también está la del androcentrismo.

Entonces, cuando pensamos en el empobrecimiento de la ciencia androcéntrica, es porque pensamos en algo que en epistemología se llama "contexto de descubrimiento", es decir, el modo en que se crean las hipótesis científicas. Cuando los científicos y las científicas cuentan de qué modo se les ocurrieron sus hipótesis, vemos que la inspiración para esa hipótesis son experiencias que se salen de la mera observación científica. Francis Bacon pensaba que observando sistemáticamente en algún momento se obtenía una generalización que se formulaba como ley, y con varias leyes se podía formular una teoría. Es decir que sólo observando las cosas que coincidían entre sí -expulsaban lo que no coincidía- más o menos se iban conformando las leyes, con esa suma de observaciones. Bueno, muchos científicos y científicas te cuentan que las cosas se les ocurrieron de las maneras más estrafalarias y muchas veces por analogía con experiencias por fuera de la ciencia. Entonces, cuanto más homogéneo es el conjunto de experiencias de los sujetos que conforman esa comunidad, su creatividad se reduce. Cuanto más diverso es el grupo, más posibilidades tenés de traer experiencias nuevas, generar alternativas a lo que se está discutiendo. En la ciencia, además del contexto de descubrimiento está el de justificación, que es muy rigurosa. Cómo ponés a prueba las hipótesis es otra cosa. Pero en el contexto de descubrimiento entran todos los recursos posibles. Lo que me interesa es cómo

se interpretan los datos, aunque hagamos las mismas descripciones. Porque interpretamos con el repertorio de sentidos de las experiencias que tenemos. Entonces es muy importante no sólo en relación con el género. Insisto. Lo es en relación con el género, la cultura, las etnias, las edades, las orientaciones e identidades sexuales, las clases sociales. De esas maneras, mucho más polifónicas, me parece que se construyen saberes que sean genuinamente universales. Y ¿qué se pierde la ciencia cuando no incluye estas diversidades? Se pierde legitimar conocimientos que quedan por fuera de esa legitimación que la ciencia hace de ciertos saberes, y no solamente porque se consideran que no son epistémicamente relevantes. Por ejemplo, pensemos en la medicina. Las medicinas naturales no se enseñan en la facultad de medicina y no se enseñan porque no se les da un estatus de legitimidad a saberes porque no han pasado -presuntamente- por esa evaluación, esas puestas a prueba que la ciencia promete. Pero sí han sido evaluadas, transmitidas paralelamente en muchos grupos sociales que las utilizan, que aprecian sus resultados, que las aprenden muchas veces de manera oral, muchas veces con formas de transmisión que no son las tradicionales.

DLP: Relacionado con esto, queríamos pedirte que ahondaras en el concepto de la construcción de la ignorancia.

DM: Cuando hablamos construcción de la ignorancia, hablamos de situaciones donde -desde el poder de ciertos conocimientos- se construyen dudas o una demostración de falsedad de algo que pone en riesgo ese poder del conocimiento. Por ejemplo, esto ha sido estudiado con el tabaquismo. El fumador pasivo tiene daños similares a los que produce el tabaco en el fumador activo. Esto pone en riesgo a la industria tabacalera. Pero también, pone en riesgo el financiamiento de ciertos estudios para demostrar que el fumador pasivo no tiene daños -que es lo que se quiere demostrar porque no se quiere dejar de vender cigarrillos-. Quiero que se fume en todas partes porque de eso depende esa industria, que es una industria poderosa. Entonces se va construir una especie de contrasaber, con todo el aspecto de un conocimiento científico, financiado para demostrar un cierto resultado. El ejemplo de la industria tabacalera es un ejemplo que ha sido muy clásico y se ha usado para hablar de este concepto de construcción de la ignorancia: el apoyo en la ciencia para ignorar los daños del tabaco en no fumadores. Esto se puede hacer no registrando los casos. Se le pregunta a la persona si es fumadora. Si dice que no, se pasa a otra cosa. No le preguntan si está en un ámbito donde otros fuman, si vive en una casa o si trabaja en un lugar donde hay fumadores... No. "¿Usted fuma?, ¿no? Bueno, pasemos a otra cosa". Entonces se omite investigarlo. Se ignora



Ilustración de Ana Sanfelippo a los Principios de Yogyakarta, editados por el Observatorio de Género y la Editorial Jusbares. Los principios de Yogyakarta son Principios sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en relación con la orientación sexual y la identidad de género. La edición fue iniciativa de Lohana Berkins y se pueden bajar gratuitamente de la página de la editorial.

el dato. Construye un dato contrario. No importa ese dato. Por lo tanto, está fuera de la órbita de lo que se investiga. Estas son diversas maneras en las cuales se construye la ignorancia. Entonces, las comunidades científicas, sobre todo las que manejan mucho poder, como las de los laboratorios, no sólo construyen saber, también construyen ignorancia en relación con lo que no se investiga, con lo que no importa, con aquello que se va dejando de lado como dato relevante. La epistemología de la ignorancia nos habla de esto: que no solo se construyen saberes, también se construye la ignorancia, sobre todo la destinada al sentido público, a la evaluación pública de la ciencia.

DLP: ¿Cuál sería el lugar de las mujeres en esta construcción de la ignorancia en torno a la ciencia?

DM: Me interesó dar un ejemplo que va más allá de la cuestión de género. Efectivamente, omitiendo mujeres se omite un amplísimo espectro de imaginación. Ahora, no sólo tiene que ver con las mujeres. Esto también es algo que me interesa señalar cuando hablemos de los conocimientos producidos por los pueblos originarios. Una vez tuve un diálogo con un científico africano que se quejaba de lo mismo: de los científicos que se educaban en África sólo se les prestaban atención a los que iban a universidades europeas, hablaban en inglés y se planteaban los problemas que a los europeos les interesaban. Un problema que le interesa a un africano, sea económico, sociológico, biológico, médico o lo que fuere, es un problema en el que no se va a invertir porque no es de interés específico de los núcleos de poder. Entonces no se trata solamente

de cuestiones raciales, culturales, económicas de por medio. No es eso solamente. Pensemos, por ejemplo, ¿por qué no se investiga chagas? Porque no hay un laboratorio al que le interese un medicamento para resolver la enfermedad de chagas. Porque ningún laboratorio quiere invertir en algo que no va a tener un rédito. Entonces, si no la investigan desde el Estado y no la investiga el país, no va a tener solución. La ciencia se ha mercantilizado como ha ocurrido con la medicina y prácticamente con toda la cultura.

DLP: En tu opinión, ¿cómo podemos construir una ciencia menos sexista, menos sesgada?

DM: En realidad, se trata de una actitud política. Las comunidades científicas no están aisladas de otras comunidades. La misma persona que es matemática, bióloga, física, también participa de otras comunidades. Puede estar en un equipo de fútbol, en una religión determinada, en un partido político. Lo mismo las mujeres, participamos de varias comunidades. Ahora cada una de estas comunidades construye modos de ver el mundo, saberes que muchas veces no entran en diálogo con el saber científico. La ciencia tendría que ser una actividad evaluada socialmente, y esto en general no ocurre. La ciencia se hace en un laboratorio y los que no estamos en el laboratorio ni nos enteramos. De vez en cuando nos enteramos de los resultados cuando se aplican. Pero ¿de qué manera esas comunidades construyen su saber y con qué impacto y destinado a qué objetivo?, ¿con qué costos?, ¿cuántas personas están trabajando en eso? En general, no es un dato con el que la sociedad cuente. Para una ciencia menos sesgada tiene que estar en mayor diálogo con las comunidades en las cuales se desarrolla. Tiene que ser más transparente en relación con sus valores, tener mayor espíritu crítico, aplicándolo a sus propios resultados. Pero esto no siempre ocurre, porque si hay un grupo de investigadores que están en el CONICET y que han logrado formar un equipo de investigación, tienen que progresar en su carrera, sostener esa estructura, su autoridad está en juego. Si algo sale mal, probablemente traten de repararlo y tratarán de ver la posibilidad de hacer presentables los resultados para no perder todos estos aspectos sociales de poder, de prestigio, económicos, que también forman parte de la comunidad científica. La comunidad científica no es nada más que personas neutrales haciendo un trabajo objetivo -esta era la manera de representarla en el siglo XVIII-. Las comunidades no son ni abstractas, ni neutrales, ni angélicas, ni desprovistas de valores. Son comunidades donde todas estas cosas están presentes. ¿Cómo se regula? Sumando algunos aportes como una escucha más sensible con respecto a modos de construcción de conocimiento, que son sencillamente dejados de lado y que tendrían que entrar en diálogo. Voy a dar un ejemplo. Una vez viajé a México. Yo tra-

bajo desde una epistemología feminista y con la idea de oponernos al androcentrismo, buscando un sujeto que sea interseccional. No sólo queremos que entren mujeres, pedimos que no sólo entren mujeres blancas, ricas y que hablen inglés. No se trata solamente del género, hay que pensar inteseccionalmente los sujetos de la ciencia. Entonces unas compañeras me comentan algo que se había dado en años anteriores: "Mirá, la Universidad Nacional Autónoma de México tiene un proyecto de investigación donde han empezado a trabajar la Facultad de Antropología con la de Química". Fíjense ustedes esta alianza, la antropología con la química. Los antropólogos tratando de decodificar unos códigos mayas, que poseían una enorme sabiduría. Algunas escrituras tienen que ver con la recolección y uso terapéutico de las hierbas. Entonces, con algunas comunidades mayas que todavía hay en Guatemala y en México, reconocen cuáles eran esas hierbas y para qué se usaban. Hay una medicina popular muy importante en México. En general en América Latina hay personas, sobre todo mujeres, que conocen estos usos, que recolectan las hierbas, que hacen el diagnóstico, que te dan los yuyitos para el amor, ya mezcladitos en sus justas proporciones. Desde la Facultad de Antropología se trataba de decodificar eso. Cuáles eran las hierbas y qué uso terapéutico tenían. ¿Y la Facultad de Química? Con esa decodificación de las hierbas veían cuáles eran las sustancias activas y cómo se las podía destilar. Decían "mirá que bueno que finalmente se hace esta conjunción para darle una lectura científica a ese saber popular". Y yo pregunté -porque los filósofos hacemos eso, preguntamos, nunca conformes con las respuestas- "¿quién financia este estudio?" Y entonces me dijeron "un laboratorio alemán". Entonces dije: "lo que acá hay es extractivismo en relación con los saberes del pueblo maya. Cuando esa facultad de química logre decodificar el destilado, esos medicamentos se los va a llevar el laboratorio para ser un medicamento sintético con ese efecto terapéutico que ni los mayas ni los mexicanos van a poder pagar." Entonces, quién financia la investigación es un sesgo que puede tener la investigación. Ustedes podrían decirme que, si estoy hablando de que se integren más sujetos dentro de la ciencia, este sería un ejemplo extraordinario. Bueno, es el capitalismo. En este contexto es muy difícil tener contextos humanistas que nos saquen de ese rasgo mercantilista de los saberes.

DLP: Muchísimas gracias Diana por tu tiempo y por compartir esta conversación con nosotras y nuestros lectores y lectoras.